

Quiero una lencha de presidente. Quiero una persona con sida de presidente y quiero un maricón de vicepresidente, quiero a alguien sin seguro médico y a alguien que creció en un lugar donde la tierra está tan saturada de desechos tóxicos que no tuvo otra opción más que tener leucemia. Quiero una presidente que abortó a los dieciséis años, quiero un candidato que no sea el menor de los males y quiero a un presidente que perdió a su pareja por sida, que aún lo ve cuando cierra sus ojos al acostarse, que lo sostuvo en brazos y sabía que se estaba muriendo. Quiero un presidente que no haya tenido aire acondicionado, una presidente que ha hecho fila en el hospital, en dependencias de gobierno, para recoger la leche y que ha estado desempleada y que ha sido despedida injustamente y sufrido ataques homófobos, alguien que ha sido deportado. Quiero a alguien que haya pasado una noche detenido, que haya sufrido racismo y que haya sobrevivido una violación. Quiero alguien que haya estado enamorada y salió herida, que respeta el sexo, que ha cometido errores y ha aprendido de ellos. Quiero una mujer indígena de presidente. Quiero una mujer negra también. Quiero alguien con los dientes chuecos y que sea mandona, alguien que haya comido cosas horribles en el hospital, alguien que se traviste, que ha usado drogas y que ha ido a terapia. Quiero a alguien que ha incurrido desobediencia civil. Y quiero saber en qué momento aprendimos que un presidente es un payaso, siempre: siempre el cliente, nunca la puta. Siempre el jefe y nunca el obrero, siempre un mentiroso, siempre un ladrón que nunca atrapan.